



FLEA

MEMORIAS

ACID FOR THE CHILDREN

LIBROS CÚPULA

FLEA

ACID FOR
THE
CHILDREN

MEMORIAS

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Publicado originalmente en inglés por Grand Central Publishing (Hachette Book Group, Inc.) en 2019. Esta edición ha sido publicada bajo acuerdo con Grand Central Publishing, Nueva York. Todos los derechos reservados.

Rdc Agencia Literaria, c/ Fernando VI, 13-15, 3ª derecha, 28004 Madrid. rdc@rdclitera.com

© Michael Balzary, 2019

© del poema introductorio: *Innocence*, Patti Smith, 2019

© de la traducción: Jorge Carlos Ramos Murguía

© de la fotografía de cubierta: Elaine Berkovitz Cunningham

Diseño de cubierta: Albert Tang

Primera edición: marzo de 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2822-0

Depósito legal: B. 20.786-2020

Impresor: Liberdúplex

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Prólogo, por Patti Smith	13
Introducción	15
Primera parte	19
La mágica fuente de calidez	21
¿Abuelos? ¿Qué abuelos?	25
En círculo	27
El pequeño Michael de Oz	29
Perr-fección	31
El rey del mar	33
Todos rebasamos a nuestros padres en una colina	35
El insulso Rye	37
El misterio de roquear como un jodido loco	39
Primero	41
Blip blop klop	43
Buenas noches	45
Los hombres no besan a los hombres	47
Mami quiere fiesta	49
Piensa despacio	51
Jo, jo, jo	53
El Salvaje Walt	55
Despedidas y bienvenidas	57
Dar las gracias	59

Cambios de ritmo	63
Días de sótano	67
¡Arriba, arriba, y lejos!	69
<i>Bop uno, bop dos</i>	71
Alquimia	75
Y en esta esquina...	79
Pequeño gimnasta	83
Las mejores zapatillas que he tenido	
o Qué hacían los niños antes de los teléfonos móviles	85
Okefenokee	87
Boletín de calificaciones	91
Bang, bum, chas	93
Desde el barro	95
Torrentes de amor	97
La dulzura	99
El punk ha muerto	101
Chillidos y chirridos	103
Ángulos agudos	105
Segunda parte	107
Robando y aplaudiendo	109
La mejor costa	113
Nuevos amigos	115
Meón	119
En círculo	121
La iglesia	125
La fiebre del heno	129
Tonterías revisitadas	131
Edad de Piedra, Edad de Bronce,	
Edad de Hierro, Edad adolescente	137

La calidez	141
Ñoñazo	145
Dizzy	147
Riot Grrrl	149
Red de transporte público	151
El cazatalentos	155
Cielo abierto	159
Sexo	161
Surfista en las aceras	163
Al aire libre o esperar, caminar y sopesar	167
Truco o trato	171
El profesor	175
En el arenero con el pulpo	177
Interludio	185
El señor de los colegas	189
El silencio más estruendoso	191
Sobre Kilgore Trout	195
El parque	197
Michael E. O. Andretti	199
Naturaleza animal	201
Alucinando	213
Nada oigo	219
333	223
Trompeta en los campos de fresas	225
Por encima del mal	229
Era un topo tan pobre que solo tenía su madriguera	231
Fish and chips con barritas de chocolate Pastel de carne de lago de agua salada con olor a eucalipto Corazón contento Garrapata en los testículos qué mala con un cigarrillo Molusco marisco	233

Influencia slovaka	237
Sugarhill	243
Anthym	245
Corazón de arena	247
<i>Shock electricum</i>	251
El Hombre de los Acordes	255
Doble filo	261
La comunión	263
Tu también podrías saltar	265
Trilogía de muertes	267
Las noches de Starwood	269
Tienes que dar por sentado que estamos colocados todo el tiempo	273
Un árbol crece en Hollywood	277
Qué bello es vivir	281
=+=+=+=+=+*****—joder!__ ____—?>>>>>><<<<<<<< +=+=++++=====+=+=+	285
Escapar de la montaña embrujada	287
Tercera parte	291
Luna creciente	293
La pregunta	295
E-du-ka-zion	299
Skood	301
Una cancioncilla genial	303
Trabajo duro	305
No hay lugar como el hogar, no hay lugar como el hogar, no hay lugar c...	309

Neighbors Voices	311
Mis tres hijos	313
Ahí vienen los Geezenslavs	315
Ángeles	327
What Is This	333
Ácido para los niños	335
Ignorante	339
¡¡Hagamos una <i>ficeesta!</i> !	341
Wayne	343
Dawn/Don o Enterrados bajo la remolacha	347
Pagar por tocar	357
El dinero lo controla todo a mi alrededor	359
El Hilton de Wilton	365
Corre que te pillo	369
Heroína en el Mayfair o Tres tontos	371
Cuarta parte	375
Bifurcación astral fantasmagórica	379
Cuerdas cortadas de cuartetos hardcore	
o A paso lento y ligero	383
Soy Flea	389
Me eligió a mí	393
El famoso burrito de aguacate de Campo	397
Puños en Hollywood	399
Prados a la luz de la luna	401
Lo siento	407
De vuelta a la base	409
Trágame, tierra	411
Pretentia What?	415
El mar de las causas perdidas	419

La pulga narcoléptica de Pavlov	421
Sé como el agua	423
En círculo	425
¡Está coronando! ¡Empuja! ¡Empuja!	427
El amor es el único trabajo serio	433
Los primeros veinte (pequeño retorno)	437
No te pierdas... ¡Flea, volumen II!	439
Listas	441
Agradecimientos	445
Índice onomástico	447

LA MÁGICA FUENTE DE CALIDEZ

La más grandiosa prenda de ropa que jamás tuve fue un jersey negro de lana que mi nana tejió. Colgaba de mi cuerpo a la perfección, como la hoja de un árbol, era cálido y resistente también. Me hacía sentir bien, como si pudiera ir a cualquier lugar y hacer cualquier cosa. Lo perdí en 1986; lo dejé en un club llamado Toad's Place en el noreste de Estados Unidos una fría noche de invierno durante las secuelas de una bacanal punk, antes de dejar la gira unos días para actuar en *Regreso al futuro*. Estaba desolado, pero mi nana me tejió otro. Ningún otro objeto me ha hecho sentir tan bien como ese jersey, y nunca volví a estar tan guapo como con él (por desgracia, también perdí el segundo). Podía desaparecer en él y resguardarme de todo mal.

La tejedora de jerséis mágicos, mi nana (la madre de mi madre) Muriel Cheesewright, era una mujer hermosa, graciosa y audaz. Era una típica *cockney*,¹ que creció en medio de la pobreza y la suciedad del East End de Londres a principios del siglo xx. Su madre murió cuando ella tenía ocho años, dejando a Muriel con su padre, un pastor metodista. Mi bisabuelo el pastor volvió a casarse con una bruja malvada que creía que mi abuela estaba llena de pecado porque tenía el cabello rojo y rizado. ¡La hermo-

1. *Cockney* es el término coloquial con el que se conoce a los habitantes del East End de Londres, y, por extensión, a su jerga y habla características.

sa melena roja y roquera de mi nana! El que la obligaran a cepillárselo con lejía para librar sus pecaminosos rizos de su doblemente pecaminosa rojez fue doloroso, humillante y abusivo. Su madrastra pudo haberle alisado los rizos por un tiempo, pero eso no hizo más que alimentar su poderosa voluntad. ¡VIVA MURIEL CHEESEWRIGHT!

A principios de los años veinte, mientras Muriel entraba en el principio de sus propios veinte, se enamoró de Jack Cheesewright. Por alguna razón desconocida —tal vez algún problema social de la época— les fue imposible estar juntos. Luego, se enamoró de un hombre casado que prometió dejar a su esposa, pero no lo hizo. Devastada, desilusionada y con el corazón roto, cogió un barco hacia Australia, buscando comenzar una nueva vida. No puedo más que imaginarme lo vulnerable de su situación: una mujer sola, terminada la Primera Guerra Mundial, a bordo de un barco que se dirigía al otro lado del mundo, que viajaba en el camarote de un buque mercante hacia un lugar, que hasta donde ella sabía, bien podía ser la luna. Mi dulce nana, con su cuerpecillo robusto, sus ojos azules llenos de chispa, sus vestidos extraños y su voluntad de acero.

Al llegar a Melbourne, trabajó como ama de llaves para un doctor. Todos los días, sobre su fiel bicicleta, pasaba frente a su lugar de trabajo un repartidor entregando víveres: Jack Dracup. Se casó con él y tuvieron tres hijos: mi madre, Patricia; mi tío Dennis, un dulce romántico incurable que agotó sus tarjetas de crédito y un día desapareció de forma misteriosa en las Filipinas en los años noventa; y mi tío Roger, a quien nunca he conocido, tal vez porque es muy religioso y no aprueba mi vida y sus caminos de satanismo rocanrolero.

Al parecer, Jack Dracup fue un marido abusivo y un padre desconsiderado. Muriel una vez le sirvió ensalada —un concepto nuevo en Australia en aquel entonces— y Jack lanzó el plato contra la pared gritando: «¡No me sirvas comida para malditos conejos!». Fue un imbécil absoluto con ella, que terminó por dejarlo. Fue una decisión supervaliente en aquel momento: ser un imbécil alcohólico era el derecho de todo hombre, y ninguna

mujer que lo tuviera que padecer recibía el apoyo de la sociedad para enfrentarse a él.

Puso su espíritu independiente a trabajar y consiguió una casa propia. Pasaron varios años y, cuando nana cumplió cincuenta, ¿quién creéis que apareció en Australia con el corazón lleno de anhelo? ¡El alma gemela de mi abuela, su primer amor, el lechero Jack Cheesewright! Fue la época más feliz de su vida. Compraron una caravana y se dispusieron a recorrer toda Australia. Por fin se sintió satisfecha, explorando todo el encanto y el misterio del gran continente, las primeras vacaciones de su vida.

Estaban en medio del desierto, a cientos de kilómetros de la civilización, cuando Jack Cheesewright sufrió un derrame cerebral que lo incapacitó, y mi dulce nana quedó a cargo de llevar a su alma gemela a la ciudad. No sabía conducir y pasó unos días con él allí, en el desierto, hasta que su yerno, mi valiente padre, pudo ir a rescatarla. Jack murió al poco tiempo. Por fortuna, ella pudo volver a Melbourne a vivir su activa vida de nana y a ser mi abuela.

Los tiernos recuerdos de ella llegan a mi cabeza con facilidad. Hacía las albóndigas en salsa más deliciosas del mundo; jugábamos a un juego de cartas llamado Bali; y las excursiones a la letrina afuera de la casa eran mejores que cualquier baño interior, incluyendo esos baños de billonarios chapados en oro que descubrí en la edad adulta. Cuando era pequeño, mi diminuta vida se hacía expansiva por la belleza de nana, por su calidez, por la luz que ella misma era. Esas son las visiones de amor de mi infancia australiana que me mantienen en pie.

Antes de que nana cruzara el umbral a los noventa y tres años, vino a un concierto de los RHCP en Melbourne. Antes de que tocáramos, cruzó el escenario hacia su asiento entre bastidores en el teatro; cuando llegó al centro del escenario, se detuvo, miró al público enloquecido, los estudió y extendió los brazos hacia el cielo, brillando como la Estrella Polar. El público estalló en aplausos y, al día siguiente, había una foto suya, resplandeciente con su traje turquesa, en la primera plana del periódico. El titular: «La abuelita roquera».

Unos años después de que nana nos dejara, estaba en Adelaida, Australia, y fui a un museo. Me encontré con una exposición de obras de estudiantes, todas dedicadas al empoderamiento de las mujeres. Una de las piezas era un *collage* de mujeres poderosas, entre las que destacaban Amelia Earhart, Patti Smith e Evonne Goolagong. Entonces la vi, resaltando dentro del *collage*: la foto de mi hermosa nana, Muriel Florence Cheesewright, la abuelita roquera, disfrutando de su merecido legado.